

G. K. CHESTERTON, *Por qué soy católico*, El buey mudo, Ciudadela Libros, Madrid 2009, 718 pp. ISBN 978-84-937417-0-9.

Gilbert Keith Chesterton fue un brillante intelectual inglés (1874-1936) quien gozó de gran prestigio en vida. Es difícil definir o describir su obra. Él mismo se definiría como periodista, sin embargo, se puede decir que su obra es multifacética. Crítico literario y de arte, ensayista, polemista, poeta, novelista, dramaturgo, biógrafo, caricaturista, todo esto ha sido además de periodista. Curiosamente posterior a su muerte fue cayendo en el olvido. Para hacer justicia y para fortuna nuestra estos últimos años se ha estado reeditando y traduciendo parte de su inmensa obra.

El libro que comentamos es una colección de sus escritos religiosos más importantes. Éstos fueron publicados entre el año 1922 (año de su conversión) y 1935. Este libro sigue el volumen III de las *Obras completas* publicadas por Ignatius Press (San Francisco) en 1990. Estos textos surgen a modo de ensayo, y fueron dados a conocer principalmente a través de la prensa, posteriormente se publicaron como libros. En su estilo Chesterton siempre está dialogando con los problemas de su tiempo, lo contingente, lo que estaba de moda según la intelectualidad de su época. La variedad de temas que aborda de manera coloquial y muy personal es lo que le da el ritmo a sus escritos. Su modo de escribir y exponer su pensamiento no es sistemático, lo que puede significar cierta dificultad. Sea como sea su razonamiento va avanzando y dejando huella. Los problemas que aborda son transversales, no se agotan en un ensayo, se repiten una y otra vez de manera nueva y refrescante.

La obra se compone de 6 partes: *A donde todos los caminos conducen* (*Where All Roads Lead*, 1922); *La Iglesia Católica y la conversión* (*The Catholic Church an Conversion*, 1927); *Por qué soy católico* (*Why I Am a Catholic*, 1926); *La cuestión: Por qué soy católico* (*The Thing: Why I am a Catholic*, 1929); *El manantial y la ciénaga* (*The Well and the Shallows*, 1935); *El camino de la cruz* (*The Way of the Cross* 1935). Chesterton, que logró notoriedad y prestigio a muy temprana edad, con artículos de los

temas más variados y cotidianos, poco a poco fue refiriéndose a temas religiosos. Su esposa fue una influencia grande para que Chesterton prestara atención a estos temas. Con la publicación de *Ortodoxia* (1908) muchos daban por sentada su conversión al catolicismo, sin embargo, esta se dilata hasta 1922. Este hecho fue todo un suceso y a nadie dejó indiferente. Chesterton se vio en la obligación de explicar al mundo sus motivos, cosa que, por lo demás, hizo con todo agrado.

La pluma de Chesterton es ágil y elegante, además de original y sorprendente. Es difícil leer más de una página y no encontrar un buen motivo para sonreír. Su nobleza le permitió, en los temas más controversiales, no granjearse enemigos, sino el respeto de quienes no pensaban como él. Lo malo de una pelea es que termina con la discusión solía decir. Esta virtud le permite hacer agudas críticas y, no obstante, no herir a quien está en el bando opuesto. Y un tema que ha generado pasiones, ayer y hoy, es defender a la Iglesia Católica, más en el ambiente en que nació y creció Chesterton en donde ser católico era muy poco popular.

En los primeros ensayos de esta obra, *A donde todos los caminos conduce* (siete ensayos), Chesterton critica el modernismo y todas las novedades que aparentemente conlleva. Denuncia la caducidad de estas originalidades en contraposición a la eterna juventud de la Iglesia. Chesterton, conocido como el maestro de las paradojas, utiliza éstas justamente para argumentar sus posturas. Una de ellas es que justamente aquello por lo cual se ataca a la Iglesia resulta ser totalmente lo contrario. Son estas ideas modernas las que en realidad son antiguas. Es el catolicismo el que siempre se las ha ingeniado para volver como novedad. Incluso cuando éste ha estado aparentemente muerto ha resurgido con renovadas fuerzas.

No deja de sorprender la visión que tiene Chesterton del islam. Si por una parte afirma que el protestantismo está muerto ya que nació muerto, no opina lo mismo del islam, que está muy vivo. Pero afirma que es una revisión del cristianismo que ha desembocado en una simplificación bastante parecida a lo que fue el arrianismo. El islam nunca hubiese existido sin el cristianismo.

En los artículos agrupados en *La Iglesia Católica y la conversión* (seis ensayos), prologada en su tiempo por Hillarie Belloc, Chesterton defiende la racionalidad de la fe católica, tema que aparece a lo largo de toda su obra. Convertirse al catolicismo no es dejar de pensar, sino aprender a hacerlo,

ya que se dispone de un punto de partida para pensar recta y laboriosamente; “entre todas estas filosofías antirracionales, la nuestra seguirá siendo la única filosofía racional” (p. 87). Respecto a su conversión Chesterton reconoce lo complejo del proceso, único e irrepetible en cada persona: “La Iglesia es una casa con cientos de puertas, y no hay dos hombres que en ella por la misma” (p. 92). Este proceso fue lento y no exento de dificultades, pero un hecho que influyó mucho en Chesterton fue, no tanto reconocer la verdad en la Iglesia, cuanto descubrir lo errado de sus detractores. Fueron las críticas destempladas y los juicios lapidarios que oía respecto a la Iglesia católica lo que le llevaron a darle el beneficio de la duda: “No imaginaba que la religión católica fuera la verdadera, pero entendía que sus censores, por los motivos que fuere, se mostraban extrañamente inexactos” (p. 99).

Una reflexión interesante que hace se refiere a los peligros del converso y éstos son los que provienen más bien desde el mismo interior de la Iglesia que de los que la atacan desde fuera. Por una parte están los “aficionados” que son impacientes a la hora de tratar y aconsejar a un converso: “En mi propio caso recuerdo que siempre padecí un ligero revés cada vez que algún irresponsable intervenía para instarme a avanzar” (p. 113), y con su admirable sentido del humor agregaba... “Todos esos rumores misteriosos y espeluznantes acerca del horror que supone tener un sacerdote en casa, como si fuera una especie de vampiro o un monstruo intrínsecamente ajeno a la naturaleza humana, se desvanece al contacto de uno de esos legos militantes” (p. 113).

Chesterton se mostró muy crítico de las modas, del progreso por el progreso que, en todo orden de cosas, entusiasmaba de manera desmedida a la intelectualidad del momento. Entre las modas que le tocó enfrentar tenemos el socialismo, capitalismo, espiritismo, evolucionismo, darwinismo y otras más. Aunque en algunos casos mostró cierta simpatía por alguno de estos movimientos, al poco tiempo se desencantó. Este desencanto, fruto de la experiencia y la reflexión, fue anterior a su conversión y no fruto de la aceptación de la doctrina católica. Lo que a Chesterton le sorprendía siempre era descubrir que no era la religión la que confirmara que él estaba en lo cierto, “sino que ella estaba en lo cierto cuando yo estaba equivocado” (p. 149).

En *Por qué soy católico*, un único ensayo, responde directamente a esta cuestión, aunque advierte que no es nada fácil. Esta dificultad radica en que

“existen diez mil razones para ello” (p. 164). Enumera, sin embargo, varios argumentos, pero finalmente uno decisivo es que es la verdadera. Resulta desconcertante a creyente y no creyente la soltura y cierto desparpajo al lanzar sus argumentos y rebatir los contrarios. Al que ha vivido de prejuicios le sorprenderá más su estilo, podrá incluso sentir un rechazo, pero, aunque de sus argumentos no se provoque un cambio de convicciones inmediato (cosa burda para Chesterton), lo que sí debería provocar es una invitación a pensar más allá de las frases hechas y los prejuicios reinantes.

Su defensa de la ortodoxia es un reconocimiento de que nueve de cada diez ideas que consideramos nuevas son viejos errores conocidos. La Iglesia dispone de un mapa para evitar estos errores que terminan siendo una trampa para el hombre, “no existe institución que haya estado pensando sobre el pensamiento durante más de dos mil años. Y esa experiencia abarca a casi todas las experiencias posibles; en especial en lo que a los errores se refiere” (p. 166). Esta experiencia de la Iglesia le permite también estar preparada, además, para los errores futuros y esta capacidad es la que la hace una defensora de la humanidad.

En *La Cuestión; Por qué soy católico* (35 ensayos), Chesterton con sutileza reprocha esa suerte de fraternidad universal de la que se hable, pero que es tolerante con todo menos con el catolicismo. Hace una lúcida defensa de lo doméstico y del hombre común. Su crítica en este punto se centra en intelectuales, técnico y políticos modernos: “ellos entienden por crecimiento un aumento del enredo, mientras que nosotros entendemos por pensamiento el desenredar el enredo” (p. 214). Unos de estos enredos a los que se refiere son las falacias económicas que perduran hasta el día de hoy. Defiende la familia del llamado amor libre y el control de la natalidad. Al amor libre lo define más bien como libre lujuria y al control de la natalidad como “menos nacimientos y ningún control” (p. 222). Le preocupa la intervención del Estado ya que esta intervención siempre va a ir en contra del pobre (no del médico, ni del senador). En *El éxodo de lo doméstico* muestra lo lúcido de sus percepciones, destacando que es “solamente dentro del hogar en donde se puede encontrar un espacio para la individualidad y la libertad” (p. 210), además de señalar que la gente que ataca a esta institución “no sabe lo que está haciendo; y no lo saben porque ignoran lo que están deshaciendo” (p. 212).

Son muchos los argumentos que aparecen en este libro en los que fun-

damenta su conversión. Uno de ellos es que la Reforma nada positivo aporta. “Naturalmente, es cierto que podemos encontrar fallos considerables en la Iglesia católica, fallos que causaron serias revueltas antes de que se produjera la Reforma. Lo que no podemos encontrar es tan sólo uno de esos fallos que fueran reformados por la mencionada Reforma... Los peores fallos que pudo tener el catolicismo fueron incrementados por el protestantismo” (p. 243). No desconoce Chesterton lo errores de la Iglesia, pero insiste en que el mundo hará lo mismo y peor y a mayor escala “sin el menor criterio y deseo de regresar a un estado de cordura o por un movimiento de arrepentimiento (p. 287). Al leer a la distancia el ensayo *La llamada de los bárbaros* se evidencia otra de las notas por las que se elogia a Chesterton, su voz profética. En este caso referida al nazismo cuando al parecer nadie imaginaba lo que iba a suceder.

El manantial y la ciénaga está compuesto de 34 ensayos (publicado también como *El pozo y los charcos*). Continúa su crítica a los modernos y progresistas. Le parece absurdo el elogiar el progreso cuando no se sabe dónde ir: “Los de la retaguardia seguirán gritando «¡adelante!», y sólo los muy adelantados gritarán «¡atrás!» cuando la vanguardia del ejército haya llegado al borde del precipicio” (p. 520). Muchas de las novedades, que resultan un dilema desde el punto de vista moral, se han presentado y justificado como excepciones: “La Iglesia estuvo acertada al negarse a admitir incluso la excepción; y la excepción ha terminado siendo la regla” (p. 482). Ante el paganismo que gana terreno el único remedio que ve es una vuelta a la filosofía perenne, al tomismo, al sentido común. Todas las novedades que se presentan tan atractivas son, en realidad, como un pantano, una ciénaga. La alternativa al catolicismo no es alternativa, es una pérdida, “no puedo dejar de ser católico, si no es convirtiéndome en alguien mucho más limitado que un católico... Hemos salido de la ciénaga para caer en el único manantial profundo. Y la Verdad está en su fondo” (p. 505).

La visión antropológica de Chesterton tiene como piedras angulares la dignidad y libertad del hombre. Es virtud de la Iglesia el no estar a la moda, ya que éstas pasan. Sus enseñanzas pueden ser impopulares pero terminan siendo acertadas. El concepto de libertad que se pone en boga es otro de los motivos de reproche de nuestro autor, quien afirma de distintos modos que la verdadera libertad es no consiste en romper toda regla, sino en cumplir determinadas normas.

Finaliza este libro con *El camino de la cruz*. Son reflexiones inspiradas en una serie de ilustraciones de William Frank Brangwyn (1867-1956) sobre el Vía Crucis. Aunque el estilo cambia en estos últimos comentarios lo novedoso que se puede mencionar es que se evidencia la erudición artística de Chesterton. Dicho sea de paso su única experiencia como alumno universitario fue en la «Slade School of Art».

La tentación al hacer estos breves comentarios es recurrir en exceso a citas textuales de nuestro autor, dado lo expresivo de sus giros y lo elocuente de sus paradojas. La verdad que ha sido un gran sacrificio no incluir más. El leer y releer a Chesterton constituye un iluminador recurso ante la debacle de la razón en la que estamos inmersos. Son tales los desatinos que se proponen como cosas de lo más normal que a veces uno puede cuestionarse y pensar que tal vez uno esté equivocado y los demás tengan la razón. El mismo hábito de la discusión y argumentación parece inútil en un diálogo de sordos. La crisis del pensamiento débil, que denunciaba en su momento el entonces cardenal Ratzinger, ha hecho un evidente daño. Ante esta situación acudir a Chesterton es providencial, podría decirse que escribió para esta hora. Chesterton es un buen antídoto. Su estilo puede remecer al descreído militante y agresivo, como puede alentar al creyente tibio y timorato. Acudir a él abre numerosas puertas para la necesaria discusión, ya que en último término lo que señala Chesterton es que en realidad lo que se ha perdido no es tanto la religión como la razón.

Claudio Soto

Instituto de Teología UCSC